

# DE LA CLASE SOCIAL AL PUEBLO Y DEL PUEBLO A LA CLASE SEXUAL

From Social Class to the People and from the People to Sexual Class \*

TASIA ARÁNGUEZ SÁNCHEZ  
*Universidad de Granada*  
tasia@ugr.es

Fecha de recepción: 05/04/2018  
Fecha de aceptación: 07/06/2018

*Anales de la Cátedra Francisco Suárez*  
ISSN: 0008-7750, núm. 53 (2019), 183-206  
<http://dx.doi.org/10.30827/ACFS.v53i0.7299>

**RESUMEN** El artículo presenta las nociones de “pueblo” y de “populismo” desarrolladas por Laclau y la crítica de Žižek a la noción de “pueblo” desde su defensa de la categoría de “clase social”. Posteriormente, se explican los vínculos entre la teoría queer de Butler, la ciudadanía democrática radical de Mouffe y el populismo de Laclau y se presentan las críticas feministas dirigidas contra el desplazamiento de la categoría “mujeres” efectuado por dichas filosofías. Finalmente se abordan, desde la obra de Millett, MacKinnon y Firestone, las discrepancias entre el marxismo y el feminismo entorno al antagonismo principal de la sociedad (clase social/clase sexual). Así el trabajo aborda las tensiones y desplazamientos entre las categorías “pueblo”, “clase social” y “clase sexual” y la capacidad de cada una de ellas para desencadenar la transformación de la sociedad.

**Palabras clave:** Pueblo, populismo, clase social, feminismo, clase sexual.

**ABSTRACT** The article presents the notions of “people” and “populism” developed by Laclau and Žižek’s critique of the notion of “people”, from his defense of the category of “social class”. Later, the article sets forth the links between Butler’s queer theory, Mouffe’s radical democratic citizenship and Laclau’s populism. The paper explains the feminist critiques directed against the displacement of the category “women” effected by these philosophies. Finally, we deal with the discrepancies between Marxism and feminism on what is the main antagonism of society (social class or sexual class) in Millett, MacKinnon and Firestone’s works. Consequently, the paper develops the tensions and displacements between the categories “people”, “social class” and “sexual class” and the capacity of each of them to facilitate the transformation of society.

**Key words:** The people, populism, social class, feminism, sexual class.

---

\* Para citar/citation: Aránguez Sánchez, T. (2019). De la clase social al pueblo y del pueblo a la clase sexual. *Anales de la Cátedra Francisco Suárez* 53, pp. 183-206.

## 1. INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas se han producido debates en el seno de la izquierda y en el interior de los Movimientos Sociales que expanden o reformulan el concepto de “clase social” o proponen su sustitución por la noción (que pretende ser más amplia) de “pueblo”. La categoría de “pueblo”, esgrimida por lo que se viene llamando (en clave de Laclau) el “populismo de izquierdas”, no solo aspira a integrar en su interior la “clase social”, sino que también aspira a contener en su interior la noción de la “clase sexual”, es decir, la lucha del feminismo contra el patriarcado. Sin embargo, numerosas propuestas filosóficas se resisten a la asimilación de las nociones de “clase social” y de “clase sexual” en el interior del “pueblo” (u otras categorías difusas como “multitudes” o 99%). Por otro lado, una parte del feminismo cuestiona la absorción de la lucha feminista en el interior de la noción marxista de “clase social” y postula que el patriarcado constituye un sistema de opresión autónomo con respecto al capitalismo.

## 2. PUEBLO Y POPULISMO EN LACLAU

Ernesto Laclau (2015, p. 193) considera que la noción de “pueblo” es más poderosa para la movilización social que la apelación a la clase obrera. El filósofo se propone lavar la carga de prejuicios que contiene el término “populismo” y se pregunta qué elementos tienen en común todos los movimientos descritos como populistas. Laclau considera que el populismo y la categoría de “pueblo” a la que este apela, poseen importantes posibilidades transformadoras en un mundo en el que se han disuelto las marcas de certeza y numerosas posiciones de sujeto (identidades) se dan simultáneamente en un mismo individuo. Señala que en la literatura existente sobre el populismo se ha dado una gran pluralidad de definiciones, de modo que no es posible circunscribir el fenómeno a una ideología concreta<sup>1</sup>. El

---

1. Canovan (1981, p. 4) nos brinda una lista que muestra la pluralidad de definiciones de populismo que se encuentran en la literatura sobre el tema: 1. El socialismo que surge en países campesinos no desarrollados que enfrentan los problemas de la modernización. 2. La ideología de pequeños pobladores rurales amenazados por el abuso del capital industrial y financiero. 3. Un movimiento rural que busca realizar los valores tradicionales en una sociedad cambiante. 4. La creencia de que la opinión mayoritaria de la gente es controlada por una minoría elitista. 5. Cualquier credo o movimiento basado en la siguiente premisa principal: la virtud reside en la gente simple, que constituye la aplastante mayoría, y en sus tradiciones colectivas. 6. El populismo proclama que la voluntad de la gente como tal es suprema por sobre cualquier otro criterio. 7. Un movimiento político que cuenta

populismo puede ser progresista o conservador, de origen rural o urbano, etc. Encontramos exaltación del pueblo en multitud de contextos.

A menudo se ha intentado definir el populismo de forma negativa, como lo contrario a la racionalidad política. Sería un discurso intelectualmente pobre, manipulador, impreciso, vago en sus afirmaciones, desarrollado por agentes políticos inmaduros, que suelen utilizar la demagogia y la televisión, etc. El populismo por tanto no se identificaría con ningún contenido ideológico concreto sino con la mera irracionalidad política unida a la llamada al protagonismo de las masas. Worsley (1969, p. 245) señala que, aunque es cierto que en las distintas formas históricas definidas como populismo ha habido pseudoparticipación (gobierno por televisión y demagogia), en muchos casos también ha habido participación genuina y efectiva. Según este autor el populismo abarcaría todos los fenómenos en los que se produce participación popular (incluyendo la pseudoparticipación). Laclau (2015, p. 29) está de acuerdo con Worsley en que debemos rechazar los intentos de definir el populismo desde el prejuicio y el rechazo. Populismo no puede ser todo aquello que nos parece incorrecto. Es necesario encontrar las características definitorias del mismo. Las notas como la vaguedad o el uso de la retórica pueden aportarnos conocimiento sobre lo que es el populismo, pero si queremos comprender el fenómeno, hemos de aproximarnos a este tratando de comprender porqué estas características emergen en un momento dado, qué necesidades motivan su surgimiento. La visión peyorativa del populismo (la que lo equipara a la irracionalidad y rechaza como antipolítica todas sus manifestaciones) parte de una visión elitista de la sociedad, unida a la denigración de las masas. Para el punto de vista elitista las masas a las que apela el populismo son marginales, influenciables, manipulables mediante la retórica e irracionales. Las masas son una repudiable totalidad indiferenciada, una turba descontrolada, opuesta a la racionalidad de una población organizada de acuerdo con la lógica institucional.

Laclau (2015, p. 99) expone con un ejemplo cómo se forma el “pueblo” al que apela el populismo: Imaginemos que en una pequeña comunidad hay problemas de vivienda y el grupo de personas afectadas pide a las autoridades algún tipo de solución. Si la demanda es satisfecha termina el problema, pero si no lo es, la gente puede comenzar a percibir que los vecinos tienen otras demandas igualmente insatisfechas: desempleo, salud, educación, etc. Si la situación permanece igual por un determinado tiempo, habrá una

---

con el apoyo de la masa de la clase trabajadora urbana o del campesinado, pero que no es resultado del poder organizativo autónomo de ninguno de estos dos sectores.

acumulación de demandas insatisfechas y una creciente incapacidad del sistema institucional para absorberlas de manera diferencial (cada una de manera separada de las otras). Se va formando entre las demandas una relación equivalencial, la gente afectada comienza a percibir que existe una conexión entre sus problemáticas. Si el proceso no es interrumpido por factores externos, surge un abismo cada vez mayor que separa al sistema institucional de la población. Las demandas populares comienzan así a constituir el pueblo. Se producen aquí dos precondiciones de la formación de la identidad popular: 1. La formación de una frontera antagónica que separa al pueblo del poder. 2. Una articulación equivalencial de demandas que hace posible el surgimiento del pueblo.

Por consiguiente, en la teoría de Laclau la formación de un pueblo requiere el establecimiento de una frontera que divide la sociedad en dos campos. El pueblo es algo menos que la totalidad de los miembros de la comunidad. Las demandas insatisfechas están dirigidas a alguien, por lo que nos encontraremos con una división entre demandas sociales insatisfechas, por un lado, y un poder insensible a ellas, por el otro. Aquellos responsables de esta situación no pueden continuar siendo una parte legítima de la comunidad. Por eso el pueblo es una parcialidad (aunque sea una parcialidad mayoritaria) que aspira a ser concebido como la única totalidad legítima. Se produce una exclusión radical dentro del espacio comunitario<sup>2</sup>. El pueblo del populismo aspira a habitar en una sociedad justa capaz de satisfacer todas las demandas. Se aspira a un pueblo realmente universal, que no desoiga a ninguno de los colectivos que actualmente se encuentran excluidos. Esa universalidad es realmente inalcanzable. Pero también es cierto que la comunidad que es considerada “pueblo” por el *statu quo* constituye una falsa universalidad, una fuente de opresión y exclusión, un falso pueblo. Por eso existen en un momento dado dos nociones del pueblo enfrentadas: la defendida por el *statu quo* y la defendida por el populismo. Ninguna de ellas tiene mayor fundamento ontológico.

---

2. A diferencia del ejemplo expuesto, la formación del pueblo en sentido étnico no construye otro interno a la comunidad, sino una otredad externa a la misma. Ni la propia comunidad ni el otro son nociones tan vacías como en el populismo intracomunitario, porque el principio étnico establece qué elementos pueden entrar en la cadena equivalencial. No hay pluralismo real en una sociedad regida por el principio étnico, porque la marginalidad será la condición permanente de cualquier otra etnia. La limpieza de poblaciones enteras constituye siempre una posibilidad latente cuando la construcción discursiva de la comunidad procede según líneas puramente étnicas. Además de sobre la etnia o la articulación de demandas populares, el pueblo puede construirse sobre la nación estado, la región, etc. (Laclau, 2015, p. 244).

Laclau (2015, p. 127) precisa que cuando hablamos de demandas muy concretas es más fácil identificar contra quién nos enfrentamos, quién se niega a satisfacer las demandas. Pero cuando se unen múltiples demandas diversas resulta más complicado localizar quién es responsable de tan variadas situaciones. El enemigo es una noción tan vaga como el régimen, la oligarquía, los grupos dominantes, etc. Por su parte, el pueblo, la nación o la mayoría silenciosa son nociones igualmente vagas que representan a los oprimidos. Como estas nociones son tan vagas pueden ser tomadas por ideologías políticas muy distintas o pueden sustituirse por otras. Cuando numerosas demandas se articulan entre sí lo normal es que sean abarcadas por significantes vacíos como justicia, igualdad o libertad. La función de estas palabras es aludir a una plenitud imposible en la que todas las demandas se verían satisfechas. Muchas demandas sociales del pueblo emergente no tienen nada que ver con esas palabras, pero la finalidad de estas palabras es representarlas a todas. Para Laclau (2015, p. 128), el hecho de que las palabras “casta”, “el 99%” sean vacías no se debe a una deficiencia ideológica o a la inmadurez inherente al populismo, sino que se debe a las exigencias internas de toda conformación de una identidad popular, pues dicha identidad surge a partir de demandas heterogéneas. Solo una noción tan abarcadora como la oligarquía puede considerarse responsable de la frustración de tantas demandas sociales.

Un rasgo del populismo es que las demandas se aglutinan en un cierto desafío a la normalización política, en una dimensión anti-institucional, contra el orden usual de las cosas. Por eso hay un llamado a “los de abajo”. Sin embargo este carácter anti-institucional del populismo ha de matizarse. Surel (2003, p. 116) rechaza la identificación del populismo con tendencias radicales o con la oposición a la lógica constitucionalista de la democracia contemporánea. Surel percibe al populismo como un fenómeno más ambiguo en sus relaciones con el orden institucional. Considera que las tesis del populismo son las siguientes: el pueblo es el soberano del régimen político y el único referente legítimo de la política, las élites de poder han traicionado al pueblo al no cumplir las funciones para las que fueron designadas, es necesario restaurar la primacía del pueblo. El populismo es una serie de recursos discursivos que pueden ser utilizados por partidos que participan en el juego electoral. Para Surel el populismo es el elemento democrático de los sistemas representativos contemporáneos. Laclau considera que “no existe ninguna intervención política que no sea hasta cierto punto populista. Sin embargo, esto no significa que todos los proyectos políticos sean igualmente populistas” (Laclau, 2015, p. 195), ya que eso depende de la cantidad de demandas que se articulen dentro de un mismo conjunto discursivo. Los tipos de discursos más institucionalizados tienden a aislar

las demandas ciudadanas, atendiéndolas una a una, sin dar lugar a que se formen conjuntos que puedan llegar a desafiar el orden representado por las instituciones. Los discursos más populistas son aquellos que dividen lo social en dos campos antagónicos, pero en todos los discursos políticos hay cierta unificación de demandas, germen de la construcción de un “pueblo”. Los discursos populistas, aquellos que articulan lo social en dos campos antagónicos, son efectivos solo cuando el sistema institucional se encuentra más o menos fracturado. En una situación de total estabilidad institucional no tendría éxito el populismo. Cierta grado de crisis de la antigua estructura es necesario como precondition del populismo, ya que, como hemos visto, las actividades populares requieren cadenas equivalentes de demandas insatisfechas. Sin la profunda depresión de comienzos de 1930 Hitler hubiera permanecido como un cabecilla marginal vociferante. Y sin la erosión progresiva del sistema oligárquico en la Argentina de la década de 1930, el surgimiento de Perón hubiera sido impensable (Laclau, 2015, p. 222).

Un rasgo del populismo que suele resaltarse es la existencia de un liderazgo en el que se lleva a cabo la voluntad de la persona que ejerce el liderazgo y no la de la ciudadanía. El problema de esta tesis es que parte de que hay dos alternativas de liderazgo: una en la que el/la líder representa la voluntad de las personas seguidoras (democracia) y otra en la que las personas seguidoras representan la voluntad del líder (dictadura). Sin embargo Laclau sostiene que en la práctica ni estas opciones se presentan como antinómicas (Laclau, 2015, p. 199) ni la segunda es exclusiva de las dictaduras. Para la teoría de la democracia liberal, en la representación legítima la persona representante debe transmitir lo más fielmente posible la voluntad de aquellas a quienes representa. Pero, como expone Laclau, la voluntad es siempre la de un grupo sectorial y la persona dirigente representa a la comunidad como un todo. La persona representante tiene que añadir algo al interés sectorial que representa si desea mantener la cohesión social del conjunto de la comunidad en la que hay intereses divergentes. Así, la representación constituye un proceso en dos sentidos: un movimiento desde la persona representada hacia la representante, y un movimiento correlativo de la representante hacia la representada. Por tanto, la alternativa que hemos presentado antes no corresponde a dos tipos diferentes de régimen, sino que señala las dos dimensiones inherentes a cualquier proceso de representación. Si el objetivo es la unión de la nación en un todo, es tentador concluir que un solo símbolo espectacular puede lograr esto de forma mucho más efectiva que un legislativo lleno de representantes. El ejercicio del liderazgo consistiría en producir símbolos y su actividad no sería un actuar para las personas electoras, sino liderarlas. Pero Pitkin (1967, p. 106) alerta de que

esta situación, llevada al extremo, conduce al fascismo: el líder debe obligar a sus seguidores a ajustarse a su voluntad. Laclau señala que es necesario distinguir entre lo que ocurre en el populismo y lo que ocurre en el fascismo. Mientras que en el fascismo se produce un desprecio absoluto hacia la voluntad popular, en el populismo se construye esa voluntad mediante la representación del símbolo. El liderazgo opera como un punto de identificación de todos los sectores insatisfechos y esto es posible porque aquellos comparten rasgos con estos (Laclau, 2015, p. 205). La persona que ostenta el liderazgo es una auténtica “*primus inter pares*”. Hay cierta tendencia del populismo a aglutinarse en torno a un liderazgo carismático y esto se produce porque el líder funciona como significativo vacío que ejerce una atracción sobre la multiplicidad de demandas. Numerosos grupos sociales pueden sentirse identificados con el/la líder. Un liderazgo puede facilitar la constitución del pueblo al mismo tiempo que lo representa.

Considero que la teoría del populismo de Laclau aquí expuesta consigue refutar las opiniones, normalmente sesgadas, difundidas con frecuencia a través de los medios de comunicación que presentan una demonización de determinados fenómenos políticos que despiertan entusiasmo popular asimilándolos a una indefinida noción de populismo como equivalente a manipulación y liderazgo carismático. El comportamiento ciudadano, aparentemente irracional en momentos de intenso cambio político, adquiere sentido a la vista de estas reflexiones. El esquema de Laclau permite explicar de un modo claro pero profundo fenómenos sociales de gran complejidad y sus términos (“demandas”, “hegemonía”, “antagonismos”, “pueblo”, “significantes vacíos”, “significantes flotantes”) poseen indudable valor epistemológico. Esto explica la popularidad que ha adquirido su pensamiento. Ahora bien, reconociendo sus aportaciones metodológicas, en las conclusiones destacaré algunos aspectos de fondo con los que discrepo.

### 3. LACLAU Y ŽIŽEK, ¿EL PUEBLO O LA CLASE?

Breckman señala que antes de Marx el término proletariado aludía vagamente a la pobreza. Marx identificó dentro del mundo de la pobreza a un sector que estaba destinado a ser un protagonista histórico fundamental en la sociedad industrial (Breckman, 1999, p. 150). Laclau se aparta del pensamiento marxista al desplazar la noción de clase por la noción de pueblo. Dicho autor considera que los sujetos colectivos son construcciones discursivas. El filósofo considera que el mundo del capitalismo globalizado es muy complejo, hay multitud de antagonismos sociales que surgen a partir de las crisis ecológicas, el desempleo masivo, el machismo, la xenofobia,

etc. Por tanto los agentes anticapitalistas globales surgen de la interrelación de todos esos puntos de ruptura. En opinión de este filósofo es imposible determinar a priori quiénes van a ser los actores hegemónicos en esa lucha y no resulta en absoluto evidente que vaya a ser la clase trabajadora. Todo lo que sabemos es que van a ser quienes están fuera del sistema de poder, porque así es como emerge un sujeto popular. El autor considera que términos de la izquierda como “lucha de clases”, “determinación por la economía” o “clase trabajadora” funcionan como fetiches emocionales cuyo significado ya no está claro. Vivimos una época en la que proliferan los antagonismos sociales, y las demandas se agrupan de múltiples formas. La agrupación de las demandas está más relacionada con las acciones discursivas que con una estructura material o un sistema de opresión coherente (Laclau, 2015, p. 179).

Laclau considera que los trabajadores que viven en un determinado barrio, trabajan en empleos comparables, tienen un acceso similar a bienes de consumo, cultura y ocio pueden tener la ilusión de que a pesar de la heterogeneidad de sus demandas en varias esferas, todas ellas son demandas del mismo grupo y existe un vínculo real entre sus problemas. Cuando las demandas se vuelven más heterogéneas en la experiencia de vida de la gente, esa unidad alrededor de un grupo que se da por sentado se vuelve problemática (Laclau, 2015, p. 286). Considero que esta afirmación de Laclau se entenderá mejor con este ejemplo que sugiero: en una sociedad compleja las demandas de la feminista de la clase media pueden chocar con las del hombre trabajador que se aferra a sus privilegios patriarcales, el interés de clase del carnicero local puede chocar con el de los jóvenes animalistas de clase media que abren una tienda vegana, etc. Así, se vuelve difícil determinar a qué grupo se pertenece. Laclau sostiene que las personas construimos nuestras identidades sobre una pluralidad de posiciones de sujeto, que no siempre pueden explicarse desde categorías clásicas como la clase, el sexo o la etnia (Laclau, 2015, p. 310). Según este autor, en nuestra época se han disuelto todas las marcas de certeza y la política se ha convertido en un juego discursivo. La realidad se transforma mediante el lenguaje y sus significantes emocionalmente capaces de aglutinar numerosas demandas y componer hegemonías (Laclau, 2015, p. 276). Según Laclau una noción vacía como la de “pueblo” explica los antagonismos de nuestro tiempo mejor que la noción de clase. La categoría “pueblo” se refiere a formas contingentes de articular las demandas. La construcción de un pueblo implica una frontera que es inestable y está en permanente desplazamiento (Laclau, 2015, p. 193).

Resulta muy interesante contrastar las tesis expuestas con las de Slavoj Žižek, pues ambos han debatido dirigiendo al otro agudas críticas que ponen al descubierto los puntos débiles de sus respectivas teorías. Žižek se



encuentra más próximo al marxismo tradicional. Este considera que está claro contra lo que las personas oprimidas luchan: el sistema capitalista. El capitalismo no es una mera construcción del movimiento anticapitalista, ni es tan solo el otro lado de una frontera discursiva (como querría Laclau), sino una estructura material que genera daño real. La lucha de clases habla de sujetos colectivos empíricos y de una estructura económica que es material y no simplemente discursiva (Žižek, 2000a, p. 92). No son los marginados los que se “inventan” al opresor. La opresión y el capitalismo existen más allá del discurso. Žižek considera que el capitalismo es un sistema, es decir, una totalidad homogénea con una lógica común subyacente. No está de acuerdo con la visión de Laclau, que parece explicar la lucha social como una política de las identidades multiculturales (Žižek, 2000b, p. 315). Comparto este punto de la tesis de Žižek. El reduccionismo de la política al lenguaje de Laclau me parece un rasgo idealista y voluntarista muy típico del pensamiento postmoderno. En el fondo, como más adelante expondré, estas tesis que giran en torno a las reivindicaciones de identidad (y no entorno a la existencia material de la desigualdad) parten de una perspectiva de la política que es un producto (con apariencia subversiva) de la sociedad de consumo y del neoliberalismo.

Žižek considera que no todas las demandas son iguales. Entre todas las luchas (económicas, políticas, feminista, ecologista, étnica, etc.) hay una jerarquía. Una de ellas oprime de manera sistemática y sus estructuras originan los demás “antagonismos”. Según Žižek la lucha de clases es aquella que siempre sobredetermina a las demás. La clase es una realidad anterior a la lucha por la hegemonía discursiva, es la estructura sobre la que tienen lugar los intentos de conquistar el poder. En toda sociedad la estructura determinante corresponde necesariamente a la economía. Laclau considera que este rasgo de la propuesta de Žižek es naturalista y que este último se equivoca al considerar que las luchas raciales o feministas tienen un carácter secundario. También rechaza la idea de Žižek de que si las luchas feministas o raciales no se refieren a la economía son plenamente integrables en el sistema institucional y capitalista. Laclau señala que es inapropiado presentar el problema en términos de cuál de las luchas es más fundamental (Laclau, 2015, p. 294). En este punto considero que ambos autores aportan un matiz interesante. Coincido con Žižek en que no todas las demandas son iguales en importancia (no todos los problemas que tiene la ciudadanía son igual de graves, no todos ellos tienen la misma potencialidad de generar otros problemas conexos ni el mismo impacto sobre las vidas de las personas). Existe una jerarquía entre los problemas en el mundo empírico y no solo una jerarquía discursiva y contingente. Por otro lado coincido con Laclau en que la economía no es la estructura que sobredetermina a las demás y

las luchas obreras no desafían al sistema más de lo que lo hacen las luchas antirracistas o las luchas feministas.

Ahora bien, el motivo por el que considero que las luchas feministas o antirracistas son igual de importantes que las luchas de clases no es porque crea (como Laclau) que todas las luchas son resultado de operaciones performativas de nominación, sino porque el concepto de lo material o lo empírico que sostengo es más amplio que el del marxismo clásico, ya que acojo las aportaciones al respecto de la teoría feminista que más adelante desarrollaré. Rechazo la tesis de Laclau que sostiene que la gravedad de las formas de opresión solo puede ser establecida contextualmente y no desde la lógica interna de las fuerzas enfrentadas. Este considera que las demandas populares solo están ligadas entre sí gracias al discurso, pero no por sus rasgos inherentes (Laclau, 2015, p. 188). Reconoce que puede haber ciertos elementos similares entre varias demandas o una base material que las hace comparables, pero subraya el carácter discursivo de la unión de las mismas por encima del elemento material. No puedo compartir la epistemología nominalista que subyace tras este planteamiento.

Žižek (2016, p. 30) considera que el cambio político no es consecuencia de la hegemonía discursiva sino de las expectativas frustradas que genera la situación económica, la realidad material. Así, cuando se produjeron las Primaveras Árabes la mayoría vivía objetivamente un poco mejor que hace décadas, pero el nivel con el que medían su insatisfacción era mucho más alto. Žižek sostiene que uno de los gérmenes fundamentales de los movimientos sociales de la última década es el aumento del desempleo. Uno de los defectos estructurales del capitalismo es la creación del paro, que se agudiza con la aceleración de la producción del capitalismo globalizado. Hoy en día el desempleo ha adquirido una dimensión muy superior a la del clásico ejército laboral de reserva. Jameson (2009, p. 580) sostiene que en la noción de desempleo hay que incluir aquellas poblaciones masivas del mundo que han quedado excluidas de los procesos modernizadores del primer mundo. También hay que abarcar a los colectivos de los temporalmente desempleados, los ya no empleables, los permanentemente desempleados, los que viven en los suburbios y guetos —en Marx (1997), lumpenproletariado— y, finalmente zonas enteras, poblaciones de estados excluidos del capitalismo global. Žižek señala que muchos de los grupos mencionados, más que desempleados son ilegalmente empleados, gente que trabaja en mercados negros y en diferentes formas de esclavitud, de modo que los excluidos a menudo están incluidos en el mercado global de forma precaria. También entran dentro de los sectores desempleados los ex empleados jubilados, y los desempleados instruidos: una generación de estudiantes que casi no tiene ninguna probabilidad de encontrar un empleo adecuado

(Žižek, 2016, p. 34). A los mencionados por Jameson y Žižek habría que añadir el trabajo de cuidados no remunerado que realizan las mujeres en el ámbito del hogar y que aumenta con la crisis económica posibilitando, con sus esfuerzos redoblados, el aumento de la producción de su pareja que el capitalismo exige para la conservación de un puesto de trabajo. Las mujeres también absorben con su trabajo no remunerado los recortes en dependencia, sanidad y otros servicios públicos. Todas estas exclusiones generadas por la dinámica capitalista conducen a protestas masivas. El desempleo refleja en gran medida la incapacidad del llamado capitalismo cognitivo para funcionar como capitalismo. Los trabajos creativos no han sido integrados de forma efectiva al circuito económico. La razón es que, en lo concerniente a la creatividad y el conocimiento, la base de la riqueza es la productividad colectiva del intelecto general, de modo que una noción como la de propiedad intelectual se muestra inerte frente al material cognitivo, que se resiste por su naturaleza a la comercialización (Žižek, 2016, p. 37).

Por tanto, Žižek considera que las revueltas que conducen a los cambios políticos son consecuencia de las condiciones económicas y considera que la categoría pertinente para explicar estos movimientos es la “clase social”. Señala que incluso las protestas como la de los indignados en España que decían no ser ni de izquierdas ni de derechas, han de ser interpretadas como un rechazo de la oposición bipartidista del espacio político hegemónico. Es decir, aunque el principal enemigo de los manifestantes era la derecha capitalista, se rechazaba también la izquierda oficial que no aportaba nada distinto y forzaba a la ciudadanía a apoyarla para no dar el voto a la derecha. El lema “ni de izquierdas ni de derechas” lo que quiere decir según Žižek es que se rechaza tanto al partido de la derecha como a su aparente negación que en realidad forma parte del mismo campo. El problema no es que todos sean iguales, sino que esos no son todos. Lo que se quiere es una izquierda que sea más izquierda que la izquierda oficial (Žižek, 2016, p. 82). El filósofo rechaza las posiciones teóricas metaclasistas que emergen con el discurso postmoderno. Son posiciones como la de Laclau, que sustituyen la noción de clases por las de pueblo o multitud (Hardt y Negri, 2005). Alessandro Russo<sup>3</sup> denomina a estas posiciones “metaclasismo” (por encima de la división de clases) que se contraponen a otra tendencia postmoderna, el “hiperclasismo” (centrarse en una parte de la clase trabajadora como agente revolucionario). Žižek también rechaza este hiperclasismo, que se expresa con términos como cognitariado, preca-

---

3. Intervención de Alessandro Russo en el cuarto Congreso sobre “The Idea of Communism” de Seúl, 27-29 de Septiembre de 2013, a la que asistió Žižek.

riado o inmigrantes ilegales (Žižek, 2016, p. 115). Según Žižek, el problema que presentan nociones como la de “pueblo” defendida por Laclau es que no identifican lo que realmente divide a la sociedad en el caso de que consideremos que ya no es el conflicto de clases tradicional. Žižek considera que el pueblo es una noción tan amplia que permite ignorar todas las diferencias de clases que se producen en la sociedad y los problemas reales de las personas, la noción de “pueblo” posibilita el vaciado de contenidos de la lucha de clases. El filósofo considera que la operación que hay que realizar no es la de sustituir la noción de “clase”, sino la de expandirla incluyendo a todos aquellos que están explotados.

Para explicar las grandes transformaciones sociales, frente a la teoría de la hegemonía de los discursos que aporta Laclau, Žižek se inclina por la explicación de Alain Badiou (2012) de las revoluciones. Dicho autor señala que estas tienen dos fases (podemos pensar por ejemplo en la revolución francesa o la revolución rusa). La primera fase la denomina “el renacimiento de la historia” y culmina con un levantamiento popular contra una figura de poder detestada (a la que cada grupo odia por motivos distintos). Gente de todos los estratos sociales se opone al sistema vigente, que rápidamente pierde su legitimidad. Esta es la fase, en los acontecimientos contemporáneos, en la que todo el mundo puede seguir, sentado delante de la pantalla de televisión, esos momentos mágicos de unidad extática en la que centenares de miles de personas se reúnen en plazas públicas durante días seguidos y prometen no marcharse hasta que el tirano o gobernante dimita. Esos momentos representan una unidad imaginaria en su momento más sublime: todas las diferencias, todos los conflictos de intereses se olvidan a medida que toda la sociedad parece unirse en su oposición al odiado tirano. No obstante, una vez el antiguo régimen se desintegra, esa unidad imaginaria no tarda en romperse, y los conflictos reprimidos durante el éxtasis colectivo no tardan en reaparecer.

Aunque hay algo de unidad imaginaria en el clímax de la revuelta (unión de todos los grupos frente a un enemigo común), esa unidad es algo más que una ilusión: toda revuelta radical contiene una dimensión utópica, el sueño de una solidaridad y justicia igualitaria que vaya más allá de la esfera de la política y se amplíe a la economía, la vida privada y la cultura, permeando todo el edificio social. Ese momento de unidad es el “momento populista”. Žižek comprende la utilidad de recurrir a un lenguaje que despierte menos rechazo que los términos comunistas a fin de lograr la movilización de las luchas de izquierdas. Términos como democracia real, justicia o dignidad pueden ser convenientes. Pero, sostiene el filósofo, el uso de estos términos supone un compromiso peligroso porque difumina la línea de lucha. Por eso solo cuando se desintegra la primera

unidad entusiasta se formula la auténtica propuesta que no está sostenida por una ilusión imaginaria de unidad inicial del “pueblo”. Entonces es cuando se aclara qué es lo que se entiende por igualdad y por justicia. No basta con liberarse de un enemigo concreto. Este es el proceso que separa a la lucha de clases de las ideas vagas e imaginarias acerca de la solidaridad y la unidad del “pueblo” que permanecen dentro de los confines ideológicos del orden existente. Mientras no se alcancen la justicia económica y social (además de la libertad y la democracia), surgirán levantamientos populares. Cuando los cambios no remueven la estructura de clases la insatisfacción popular permanece (Žižek, 2016, p. 126).

Žižek considera que el intento de explicar las protestas sociales que se producen en el mundo como si constituyesen fenómenos completamente inconexos favorece al orden global, pues diluye al capitalismo global en problemas específicos de cada país. Žižek señala que el enemigo en todos los casos es el capitalismo, proceso complejo que afecta a distintos países de distintas maneras, pero que existe como fenómeno. El arte de la política de izquierdas consiste en insistir en una exigencia particular que, al mismo tiempo que es completamente realista, perturba la mismísima esencia de la ideología hegemónica. El orden mundial actual es una totalidad concreta dentro de la cual las situaciones específicas reclaman actos específicos (Žižek, 2016, p. 131). Žižek considera que las luchas multiculturales o feministas pueden funcionar como distracciones de la lucha de clases y difuminar quién es el auténtico enemigo (el capitalismo) (Žižek, 2016, p. 166). Lo que necesitamos hoy, según Žižek, es una solidaridad de clase que atraviese las naciones. El filósofo critica la idea muy difundida en la izquierda postmoderna de transformar el estilo de vida como manera de realizar una revolución social (Žižek, 2016, p. 203). Es preferible no hacer nada a dedicarse a alimentar ese pensamiento postmoderno que oculta los conflictos y problemas reales detrás de categorías como las multitudes y las nuevas subjetividades.

#### 4. CHANTAL MOUFFE. FEMINISMOS Y POPULISMO DE IZQUIERDAS

Laclau y Chantal Mouffe construyeron juntos un sistema teórico recogido en la obra principal de ambos *Hegemonía y Estrategia Socialista* (1985). La teoría de Laclau sobre el populismo se integra coherentemente en dicho sistema teórico. Cuando nos preguntamos por el encaje entre la noción de pueblo de Laclau y la teoría feminista podemos encontrar elementos esclarecedores en obras de Mouffe, como la destacable *El retorno de lo político* (Mouffe, 1999). El individuo para Mouffe es simultáneamente

miembro de diversas comunidades y participa en una pluralidad de formas de identificación (Mouffe, 1999, p. 136). Propone una teoría del sujeto<sup>4</sup> construido en el punto de intersección de una multiplicidad de posiciones subjetivas entre las que no hay ninguna relación a priori o necesaria y cuya articulación es consecuencia de prácticas hegemónicas. Por tanto Mouffe se aparta de la idea marxista que reduce todas las posiciones subjetivas a la de clase. Considera que la hegemonía democrática requiere la creación de nuevas posiciones subjetivas que articulen, por ejemplo, antirracismo, antisexismo y anticapitalismo. Estas luchas no convergen espontáneamente, no se trata de establecer una mera alianza entre intereses dados, sino de modificar la identidad misma de las nociones de raza, sexo y clase social (Mouffe, 1999, p. 81).

La filósofa apunta a la creación de un nosotros que integre las exigencias de mujeres, case trabajadora, minorías étnicas, colectivo lgtbi, ecologistas y otros movimientos sociales. Las categorías para Mouffe no son referentes empíricos sino superficies discursivas. Según la autora no vivimos en comunidades homogéneas en las que todos los miembros tengan una identidad común. Sobre la identidad “mujer” como clase sexual, Mouffe cuestiona la tesis feminista que considera que la defensa de los objetivos feministas implica contemplar a las mujeres como identidad coherente (Mouffe, 1999, p. 110). Mouffe no comparte esta tesis pues considera que hemos de aceptar la multiplicidad de identidades que nos vertebran: somos dominantes en unas relaciones y estamos subordinados en otras. La autora apuesta por un modelo de ciudadanía democrática radical. La ciudadanía democrática radical lucha contra todas las formas de dominación. Todas las formas de dominación entran en contradicción con los principios de libertad e igualdad. El objetivo para Mouffe es construir un “nosotros” como ciudadanos democráticos radicales, una identidad política colectiva articulada mediante el principio de equivalencia entre las demandas (Mouffe, 1999, p. 121).

Mouffe señala: “se ha argumentado que abandonar la idea de un sujeto femenino con una identidad específica e intereses definibles supone quitarle

---

4. La filósofa defiende un modelo de ciudadanía que se encuentra a medio camino entre la concepción individualista liberal del sujeto (ejemplificada por la paradigmática obra de Rawls *A Theory of Justice* (1971)) y la visión comunitarista del bien común compartido (Presente en autores como Taylor (1985) o MacIntyre (1984)). Mouffe critica al liberalismo porque este es incapaz de comprender que el sujeto está discursivamente construido a través de la multiplicidad de juegos del lenguaje en los que participa como agente social. Mouffe critica al comunitarismo porque este parte de una visión homogénea de la comunidad en la que la identidad individual es uniforme (identificación con unos valores sociales determinados) (Mouffe, 1999, p. 86).

el suelo al feminismo como política”. La filósofa sostiene que es necesario que la política feminista se abra a “una oportunidad mucho más grande que aspire a la articulación de las diferentes luchas en contra de la opresión”. Para que sea posible llevar a cabo un proyecto de democracia radical, “tal proyecto requiere descartar tanto la idea esencialista de una identidad de las mujeres como mujeres como el intento de sentar las bases de una política específica y estrictamente feminista”. Para Mouffe, la política no debe consistir solo en una política diseñada para la persecución de los intereses de las mujeres como mujeres, sino que más bien ha de orientarse a la persecución de las metas y aspiraciones feministas dentro del contexto de una más amplia articulación de demandas. Mouffe considera que el feminismo es la lucha por la igualdad de las mujeres, pero no la de las mujeres como grupo empírico con una esencia común, sino contra las múltiples formas de subordinación que afectan a las mujeres, y no solo las relativas al género (Mouffe, 1999, p. 126). Mouffe reivindica en este punto a la teoría queer de Judith Butler (Butler, 1990) que ella identifica con un feminismo que posibilita esa articulación de demandas. Mouffe apuesta por “una interpretación que nos permite entender cómo es construido el sujeto a través de diferentes discursos y posiciones de sujeto”, pues la considera más adecuada que “una interpretación que reduzca nuestra identidad a una posición singular, ya sea de clase, raza o género” (Mouffe, 1999, p. 126).

Considero que los fragmentos de Mouffe expuestos son de gran valor para comprender las tensiones que se vienen produciendo dentro de esta ciudadanía democrática radical (o en ese “pueblo” indignado del 99% frente a la casta). Vimos esta tensión en los abucheos que se produjeron en el 15-M contra las feministas que afirmaban “la revolución será feminista o no será”. Laclau y Mouffe plantean que las demandas solo pueden volverse equivalentes cuando se oponen al mismo régimen opresivo (Laclau, 2015, p. 175). En el “pueblo” articulado por las protestas de tipo 15-M ese régimen opresivo son las élites políticas y económicas. Para el feminismo, en cambio, el régimen opresivo es el patriarcado. Cuando el feminismo se integra en el populismo de izquierdas sus demandas se disgregan: el populismo de izquierdas es capaz de integrar aquellas demandas del feminismo que se dirigen contra las élites económicas, pero no es capaz de integrar aquellas demandas que se dirigen contra el abuso sexual o aquellas que visibilizan el trabajo no remunerado o infravalorado que hacen las mujeres. Los beneficiarios son los hombres como clase sexual, incluyendo a los que militan en los movimientos sociales populares. Los movimientos sociales de izquierdas, que dicen ser más abarcadores que el feminismo, exigen de facto que las mujeres moldeen su discurso para dirigirlo contra el régimen opresivo capitalista y no contra sus compañeros de militancia. Las deman-

das feministas que sobreviven a integración en el interior de la izquierda pierden autonomía al tener que someterse a los parámetros estratégicos de la cadena equivalencial de demandas en la que se han integrado.

Laclau señala que el pueblo emerge de una extensa cadena de demandas particulares, pero adquiere autonomía con respecto a estas, de modo que la estrategia populista puede requerir renunciar a los contenidos de algunas demandas particulares (Laclau, 2015, p. 117). Esto es exactamente lo que las feministas denuncian una y otra vez: que sus demandas son las primeras en ser sacrificadas y aplazadas. Este hecho resulta natural porque ya partimos de que estas demandas se han integrado en la izquierda y en la frontera antagónica que esta establece. Al integrarse se han convertido en un contenido periférico dentro de la misma. Las demandas feministas no son las centrales en la cadena de equivalencia de la izquierda, no son aquellas con mayor capacidad de definir al “antagonista” contra el que se lucha. Para integrarse tuvieron que abandonar muchas otras demandas con las que conformaban un conjunto que definía un antagonismo alternativo al de la izquierda: el de las clases sexuales. Como la clase sexual de las mujeres abarca al cincuenta por ciento de la población, tiene potencial para desestabilizar a una izquierda que no acaba de comprender esta fuerza emergente. Como señala Laclau: “siempre existe el peligro de que se diluya la frontera política: si esta última desaparece, el pueblo como actor histórico se desintegra” (Laclau, 2015, p. 117).

La posición de Mouffe y de Laclau con respecto al feminismo se enmarca dentro de los postulados de la teoría queer. Conviene repasar con Posada Kubissa el candente debate que se ha producido entre la teoría feminista y la teoría queer. Como expone Posada, para la teoría queer: “factores como la etnicidad, la clase o la religión colaboran a desestabilizar la idea de una identidad definida en razón de una sola variable. Tampoco la diferencia sexual puede definir una identidad masculina-femenina, pues es una más de las múltiples diferencias que atraviesan a los sujetos y los construyen transversalmente en tanto que ejes de poder” (Posada, 2014, p. 149). Judith Butler cuestiona incluso la existencia de un binarismo sexual en la biología (Butler, 1990, p. 55). Como señala Posada, la teoría queer considera que la categoría “mujer” remite a una identidad que es meramente construida y que además ha sido excluyente de otras identidades. La teoría queer cuestiona la pertinencia de la categoría “mujeres” como sujeto político del feminismo. Frente a las mujeres, Butler aboga por un sujeto que performa (adopta comportamientos de) identidades diversas: sexuales, de género, étnicas, culturales y sociales. Para Butler el feminismo ya no puede seguir siendo una perspectiva ni única ni prioritaria desde el punto de vista teórico y político, sino que ha de aliarse con las causas de transexuales e



intersexuales y con todas las formas de sexualidad alternativas. El feminismo se transformaría en postfeminismo, teoría queer.

Posada considera que las mujeres son diversas, pero que no podemos olvidar que en el mundo “la realidad material de las condiciones de vida de muchas mujeres exige todavía pensar desde el feminismo un proyecto de emancipación social y personal” (Posada, 2014, p. 157). Seguimos necesitando que las mujeres sean el sujeto del feminismo. Es decir, “mujeres” es una “identidad estratégica”. Necesitamos que las mujeres sean el sujeto del feminismo, “un discurso crítico con lo que todavía no es ni mucho menos calificable de post-patriarcado en nuestro mundo. Y sus señas de identidad no pueden venir a confundirse, por tanto, con ninguna otra posición por mucho que esta se auto-reclame como post-feminista” (Posada, 2014, p. 157).

##### 5. MACKINNON, MILLETT Y FIRESTONE. DE LA CLASE SOCIAL A LA CLASE SEXUAL

Millett, Firestone y MacKinnon son pesos pesados del feminismo de los años setenta (segunda ola). Son autoras centrales en la teorización del patriarcado y en la teoría de la clase sexual. A diferencia de las propuestas queer y postmodernas que emergen en el feminismo, especialmente en la década de los noventa (tercera ola), el pensamiento de la segunda ola realiza un análisis marcadamente materialista, centrado en el carácter empírico de las estructuras de opresión que afectan a las mujeres como sujeto colectivo. La desigualdad de poder entre los sexos es un problema material y no una mera cuestión de actitud. Como señala MacKinnon, “las mujeres saben que allá fuera hay un mundo masculino porque les da en la cara. No importa lo que puedan pensar de él, que traten de pensar que no existe o de pensarlo con otra forma: sigue siendo real independientemente, sigue forzándolas a ciertos moldes. Piensen lo que piensen y hagan lo que hagan, no pueden escapar de él. Tiene toda la indeterminación de un pilar de un puente contra el que se choca a cien kilómetros por hora” (MacKinnon, 1995, p. 216).

El cambio social no puede ser emprendido, como en el liberalismo, exclusivamente a partir de las modificaciones en las vidas de los individuos una por una, a través de cambios de actitudes vitales y formas de pensar (ni socavando en la próspera vida los roles sexuales, como en la teoría queer). Para el feminismo no es suficiente con cambiar las actitudes porque existe una jerarquía sexual, unas estructuras de dominación que castigan la libertad de las mujeres. El feminismo postula que hay que destruir estas estructuras opresoras y represoras. El problema es un sistema que sitúa a las mujeres al servicio de los hombres, en el que el sexo es la base material que

sirve como excusa para la dominación de un grupo sobre otro. MacKinnon señala que el liberalismo es voluntarista porque considera que la vida social está compuesta por acciones autónomas, intencionales y voluntarias. Sin embargo las mujeres, individualmente, tienen poco poder para enfrentarse al patriarcado. Es mediante la acción colectiva cuando tienen mayores posibilidades de transformación social. Continúa la autora: “las mujeres luchan por transformar las condiciones, pero no es posible resistirse a esas condiciones sin unos medios dados o tomados” (MacKinnon, 1995, p. 98). Es necesario transformar colectivamente las estructuras e instituciones opresivas.

Recientemente experimentamos un renacimiento del interés por las obras de la segunda ola. Rosa Cobo<sup>5</sup> y Alicia Miyares<sup>6</sup> hablan del surgimiento en nuestros días de la cuarta ola del feminismo internacional. El feminismo ha pasado tres décadas haciendo autocrítica, tratando de ser cada vez más diverso y sometiendo a deconstrucción el sujeto “mujer”. Sin embargo las situaciones de subordinación que experimentan las mujeres continúan demandando soluciones y por eso el patriarcado vuelve a ser tematizado y las mujeres regresan al centro de interés del feminismo, que por un tiempo fue desplazado por unas etéreas multitudes queer. La corporalidad femenina (menstruación, partos, salud y enfermedad en la fisiología femenina), la explotación sexual (acoso sexual, agresiones sexuales, cosificación de las mujeres, violencias machistas, prostitución, pornografía) y reproductiva (vientres de alquiler, dedicación de las mujeres a los cuidados familiares y a las tareas del hogar) captan hoy nuevamente el interés principal en el feminismo, que reclama ser el movimiento para la emancipación de las mujeres (aunque pueda articularse con otras luchas). El feminismo sitúa la experiencia de las mujeres en el centro del análisis, presta una gran atención a la vida cotidiana de las mujeres y da prioridad a sus puntos de vista. MacKinnon sostiene que la categoría “mujer” ha de incluir (pero no trascender) la individualidad y la profunda diversidad de la raza, la clase, el tiempo y el lugar. El feminismo desmiente la idea patriarcal de que todas las mujeres son iguales y busca la verdad de la opresión colectiva. “Aunque la raza o la clase o la psicología de una mujer puedan definirla entre las demás mujeres, el hecho mismo de ser mujer tiene un significado que define decisivamente a todas las mujeres desde el punto de vista social, desde sus momentos más íntimos hasta sus relaciones sociales” (MacKinnon, 1995, p. 165).

---

5. Cobo, R. “Las feministas”. blogs.público. es. 21/02/2018.

6. Miyares, A. “La cuarta ola del feminismo, su agenda”. tribunafeminista. elplural. com. 11/03/2018.

Los textos de la segunda ola, como vemos, resultan de gran interés para cuestionar la asimilación del feminismo en el interior del “pueblo”, la “ciudadanía democrática radical” o las “multitudes queer”. Aún es mayor su pertinencia para frenar los intentos de asimilación del feminismo en el interior de la izquierda, así como la asimilación del sujeto colectivo “mujeres” en el interior del sujeto “clase obrera” (o la consideración de las “mujeres” como una contradicción secundaria, dependiente del antagonismo social principal, que es el de la lucha de clases). Merece la pena repasar aquellas reflexiones pues, como constatamos en Žižek, continúan existiendo autores que defienden posiciones marxistas “clásicas” (basadas en la prioridad de la clase social sobre la clase sexual). MacKinnon se pregunta “encontramos dos sistemas de opresión distintos: la clase y el sexo, ¿cuál de los dos es la base primaria de la opresión?, ¿pueden serlo los dos?”. La autora señala que para la teoría marxista la historia de la opresión es la historia de la lucha de clases. El sexismo y el racismo constituyen desafíos indigestos para el marxismo pues chocan contra la exclusividad o la primacía de la clase como explicación social. El marxismo ha ampliado habitualmente la idea de clase para incluir a las mujeres, pero esta división, desde el punto de vista feminista, no explica adecuadamente la experiencia de las mujeres (MacKinnon, 1995, p. 32). La autora considera que ciertas tareas que realizan las mujeres y su disponibilidad para el sexo y el uso reproductivo son sorprendentemente similares en todas las clases sociales (MacKinnon, 1995, p. 33). Señala que el comunismo valora a las mujeres como trabajadoras, pero que este término rara vez incluye ese trabajo que sigue siendo el servicio especial que las mujeres prestan a los hombres: trabajar en el hogar, la prostitución y atención emocional, parir y educar a hijos e hijas. La violencia sexual rara vez se menciona. La mayoría de los teóricos marxistas explican la situación de la mujer como resultado del capitalismo. Según el tipo de marxismo del teórico, las mujeres se convierten en casta, en estrato, en grupo cultural, en división de la sociedad civil, en contradicción secundaria o en contradicción no antagonica (MacKinnon, 1995, p. 42). Por mucha simpatía que sientan por los intereses de las mujeres, estos intentos hacen del feminismo, en último término, un movimiento dentro del marxismo. Según Millet las mujeres viven, en cierto modo, al margen del sistema de clases (Millet, 2010, p. 92) Uno de los principales efectos que produce la clase social en el patriarcado es enemistar a las mujeres entre sí, creando un vivo antagonismo entre la prostituta y a la madre, entre la esposa con recursos y a la empleada doméstica o la mujer trabajadora y la que ejerce el poder político o económico. En virtud de las múltiples ventajas que le confiere la sociedad, el hombre participa de todos los mundos y puede, gracias a sus recursos económicos y sociales, enfrentar entre sí a las mujeres diluyendo la conciencia

de clase sexual de las mujeres y ocultando el papel de los hombres como beneficiarios de la subordinación sexual de las mismas.

MacKinnon sostiene que las semillas de una organización autónoma existen siempre que se encuentra un antagonismo social: “la idea es que una opresión independiente crea la necesidad de una lucha independiente por la liberación” (MacKinnon, 1995, p. 100). El feminismo reconoce que el proletariado tiene cadenas radicales, pero las mujeres también tienen cadenas radicales. Muchas feministas afirman que la división entre mujeres y hombres es la división social primaria. Kate Millett sostuvo que las distinciones sociales primarias no son las basadas en la riqueza sino las basadas en el sexo. MacKinnon está de acuerdo: la principal forma de dominación en la sociedad es el patriarcado. A menudo los marxistas se muestran reacios ante la idea de que las mujeres son una clase y afirman que tal idea divide al proletariado. Argumentan que no todas las mujeres experimentan el sexismo de la misma forma, “¿acaso todos los proletarios, mujeres incluidas, experimentan la opresión de clase de la misma forma? (...) A los marxistas parece preocuparles que postular que mujeres y hombres son clases sugiere que las mujeres deben luchar contra los hombres por su libertad” (MacKinnon, 1995, p. 103).

Firestone señala que la principal limitación del análisis marxista es el reduccionismo económico<sup>7</sup>. Considera que sería un error intentar explicar la opresión de la mujer a partir de esta interpretación estrictamente económica (Firestone, 1976, p. 13). Lo que debemos hacer, en su opinión, es ampliar la concepción de “materialismo”. La razón estriba en que un diagnóstico económico que llegue hasta la propiedad de los medios de producción e incluso hasta la propiedad de los medios de reproducción, no aporta una explicación completa. Existe un plano de realidad que no deriva directamente de la economía y que no por ello deja de ser empírico. El supuesto de que más allá de la economía existe una realidad sexual viene siendo considerado por el marxismo como algo externo al análisis materialista de la historia. El motivo es que parece conducirnos a un terreno lleno de hipótesis y sistemas filosóficos que pudieran ser verdaderos o falsos. Ahora bien, sostiene la autora, existe la alternativa de desarrollar una

---

7. Así, Firestone nos remite a la obra de Engels *Utopian and Scientific* donde se define el materialismo histórico como “aquella concepción del curso histórico que busca la causa última y la fuerza motriz de todos los acontecimientos en el desarrollo económico de la sociedad”. “Toda la historia del pasado, salvo la de sus estadios más primitivos, no fue más que la historia de la lucha de clases” (Engels, 1994).

interpretación materialista de la historia basada en el dominio de un sexo sobre otro<sup>8</sup>.

## 6. CONCLUSIÓN

Cuando Laclau y Mouffe sustituyen las “viejas” categorías como la clase social o la clase sexual por nuevas categorías fluidas como el “pueblo”, “la ciudadanía democrática radical” o las “multitudes queer”, lo que hacen es poner el énfasis en la contingencia y el carácter discursivo (construido) de los sujetos colectivos de las luchas sociales. Paralelamente, subestiman la importancia del aspecto material y estructural de las opresiones. La lucha contra la opresión es algo necesario para muchas mujeres, una cuestión fundamental para la supervivencia o para lograr una vida digna. Desde el punto de vista feminista, las demandas de las mujeres no pueden permitirse constituir un juguete al servicio de movimientos sociales de identidades cambiantes. Las mujeres son un sujeto real, cuya capacidad reproductiva y sexualidad es enajenada y cuya fuerza de trabajo es a menudo robada. Lo que está en juego no es el mero reconocimiento cultural, el feminismo no reivindica solo ni principalmente libertades sexuales. El feminismo reivindica la redistribución de los recursos y riquezas. Las demandas de las mujeres no son un complemento cultural que pueda añadirse al final de la agenda de unas izquierdas que pretenden alcanzar la hegemonía ampliando y cambiando de nombre a la antigua noción de clase social. Dichas demandas no son un elemento decorativo capaz de aportar una apariencia de diversidad a estos nuevos movimientos sociales liderados por hombres. Como señala Posada Kubissa, el rico pensamiento crítico feminista, con una tradición de más de tres siglos de antigüedad, no puede ser suplantado por teorías postmodernas que apenas tienen tres décadas (Posada, 2014, p. 156). La ontología del sujeto postulada por las filosofías postmodernas, como señala López Penedo, es hija de su tiempo y, por ello, refleja y refuerza la ideología neoliberal en la que surge (López Penedo, 2008, p.47).

---

8. El materialismo histórico propuesto por Firestone es la concepción del curso histórico que busca la causa motriz de todos los acontecimientos en la dialéctica del sexo: en la división de la sexualidad en dos clases biológicas diferenciadas con fines reproductivos y en los conflictos de dichas clases entre sí, en las variaciones habidas en los sistemas de matrimonio, reproducción y educación de la prole. Para Firestone, los sistemas de organización de la reproducción condicionan los sistemas económicos de producción e intercambio de bienes y servicios. Las instituciones jurídicas, políticas y las ideas religiosas y filosóficas pueden explicarse a partir de estos sistemas de organización (Firestone, 1976, p. 23).

Como es habitual en autores del pensamiento posmoderno, Laclau declara demasiado pronto la pérdida de las marcas de certeza de la sociedad contemporánea. Su teoría parece más adecuada para una sociedad conformada por individuos con identidades híbridas (mezclas raciales, étnicas, y con orientaciones e identidades sexuales fluidas) que para una sociedad en la que existen numerosas estructuras de poder y distribución de recursos que conforman la existencia de grupos sociales con perspectivas y limitaciones de alto grado de homogeneidad. En nuestra sociedad las clases sociales, las mujeres y los grupos oprimidos continúan existiendo. Existe una conexión material entre las “demandas” comunes a las personas que conforman un mismo grupo (por ejemplo, existe conexión entre temas aparentemente tan distantes como las agresiones sexuales, la brecha laboral y el androcentrismo en la medicina). La reunión de demandas y la articulación de hegemonías no es tan contingente como Laclau expone.

Laclau es demasiado optimista con respecto a las posibilidades transformadoras de los discursos que se construyen entorno a significantes vacíos como “libertad”, “democracia” y “justicia”. También confía en las virtudes estratégicas de la capacidad de unificación que poseen los liderazgos carismáticos. Tal vez Laclau subestima el peligro que presenta para los grupos materialmente oprimidos el hecho de que sus demandas se diluyan en el interior de esa gran hegemonía que se autodenomina “pueblo”. Las mujeres, por ejemplo, han presenciado una y mil veces cómo sus demandas eran situadas al final de la lista de prioridades. Sus demandas a menudo han sido situadas en la periferia del discurso de la hegemonía popular y han sido las primeras en ser olvidadas. Cuando llegaba el momento de aplicar esa “libertad” o esa “justicia”, su contenido aparentemente universal y neutral al género resultaba en la práctica una repetición de la marginación y el olvido de las mujeres. Es posible que una parte de la izquierda se sienta cómoda con el discurso populista, pues las demandas económicas “de clase” han accedido al suficiente poder simbólico como para ser percibidas como el auténtico significado de la “justicia” y la “democracia”, como el corazón de un “pueblo” organizado en un amplio movimiento social. Pero las mujeres jamás han tenido el privilegio de la universalidad. Las demandas de las mujeres no pueden ser subsumidas o asimiladas en el interior de la categoría “pueblo” y no pueden confiar en que los líderes (que además casi siempre son hombres) estén pensando en sus problemas cuando hablan de “justicia”. Los líderes carismáticos podrían tener un gran poder de inclusión, pero si el precio para ser un líder carismático es hablar sin decir nada concreto, probablemente las mujeres no se equivocan al sospechar que ellas no están incluidas. Aunque la noción populista de “pueblo” pretenda incluir a las mujeres, estas siempre son percibidas como una parcialidad

incapaz de constituir por sí misma un “pueblo”. Las mujeres solo acceden a la universalidad simbólica cuando las imaginamos unidas a los hombres en una lucha común frente a un enemigo distinto al patriarcado. Mientras la realidad material de la desigualdad sexual exista, las mujeres seguirán situadas en los márgenes de cualquier praxis populista.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Badiou, A. (2012). *El despertar de la Historia*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Breckman, W. (1999). *Marx, the Young Hegelians and the Origins of Radical Social Theory*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Butler, J. (1990). *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. Nueva York: Routledge.
- Canovan, M. (1981). *Populism*. Londres: Junction Books.
- Engels, F. (1994). *Socialism: Utopian and Scientific*. Nueva York: International Publishers.
- Fraser, N. (1997). *Iustitia Interrupta: reflexiones críticas desde la posición “postsocialista”*, Santa Fe de Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Firestone, S. (1976). *La dialéctica del sexo. El defensa de la revolución feminista*. Barcelona: Kairós.
- Hardt, M. y Negri, A. (2005). *Multitud*. Barcelona: DeBolsillo.
- Laclau, E. (2015). *La razón populista*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. y Mouffe, C. (1985). *Hegemony and Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*. Londres: Verso.
- López Penedo, S. (2008). *El laberinto queer. La identidad en tiempos de neoliberalismo*. Madrid: Egales.
- Marx, K. (1997) *El Capital I*. Barcelona: Folio.
- MacKinnon, C. (1995). *Hacia una teoría feminista del Estado*. Madrid: Cátedra.
- MacIntyre, A. (1984). *Alter Virtue*. Indiana: University of Notre Dame Press.
- Millett, K. (2010). *Política sexual*. Madrid: Cátedra.
- Mouffe, C. (1999). *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona: Paidós.
- Pitkin, H. (1967). *The Concept of Representation*. Berkeley: University of California Press.
- Posada Kubissa, L. (2014). Teoría queer en el contexto español. Reflexiones desde el feminismo. *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, 63, pp. 147-158.
- Rawls, J. (1971). *A Theory of Justice*. Cambridge: Harvard University Press.
- Surel, Y. (2003). Berlusconi, leader populiste?. En *La tentation populiste en Europe* (pp. 113-129). París: La Découverte.
- Taylor, C. (1985). Atomism. *Philosophy and the Human Sciences*, Philosophical Papers, 2, Cambridge.

- Worsley, P. (1969). The concept of populism. En *Populism. Its Meaning and National Characteristics* (pp. 112-250). Londres: MacMillan.
- Žižek, S. (2000a). Class Struggle or Postmodernism? Yes, please! En J. Butler, E. Laclau y S. Zizek, *Contingency, Hegemony, Universality* (pp. 90-136). Londres: Verso.
- Žižek, S. (2000b) Holding the Place. En J. Butler, E. Laclau y S. Zizek, *Contingency, Hegemony, Universality* (pp. 316-317). Londres: Verso.
- Žižek, S. (2016). *Problemas en el paraíso. Del fin del capitalismo al fin de la historia*. Barcelona: Anagrama.